

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA!

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1843
Telégrafo: LIBROJA Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

JUAN PEREZ ZUÑIGA

La modista enojada.

HAMLET GOMEZ

Lección de esgrima.

J. PEREZ CARRASCO

El juicio de Salomón.

A. SANCHEZ CARRERE

El pañuelo.

TQVAR, ESTEVANILLO,

OTELO Y TINO

Varios dibujos y retrato de

Totó.



5 cénts.

TOTÓ

Ahí está disfrazada de chula, para despiSTAR, porque es madrileña legítima, pero es la divette española más señorita que pisa los escenarios. Si no es de sangre azul, merece tenerla. Por lo menos tiene derecho al tratamiento de alteza de la belleza, de la elegancia y de la simpatía.

SECCION VERMOUTH

Me permiten ustedes un pequeño desahogo? ¿Si? Pues todo eso de la *Tangonia* y sus derivados les diré á ustedes que me resulta de una cursilería insoportable. Es una moda exótica, de ridiculez aplastante, que han introducido en nuestro cándido país cuatro invertidos, con dolorosa mengua del vigor de la raza. ¿He dicho algo?

Madrid está invadido de cachupinescos centros donde, con títulos grotescos escritos en inglés, para mejor comprensión, se reúnen damiselas y petrimetros al único objeto de tomar una infusión extraña á la

que han convenido en llamar té, y á ver cómo una joven más ó menos escualida y un ciudadano que parece un tirabuzón con alas negras, se dedican, muy serios y estirados, como si estuvieran realizando una función trascendental, á hacer una serie de contorsiones y patimanes absolutamente desprovistos de arte y de belleza, todo al compás de una musiquilla ñoña, propia para hacer las delicias de una histérica lectora de las novelas de doña Carolina Invernizio.

Todo no me importaría tres pitoches si no hubiese venido en detrimento de nuestro castizo baile. La epidemia se va extendiendo, y ya se da el caso de que, ¡hasta en la clásica Bombilla!, en vez de aquellos schotis comprimidos, ultra-agarrados, de mutuo é intimísimo contacto, se van viendo parejas de contagiados que se lanzan al uso y al abuso de la *tangonia*.

Y yo pregunto: ¿Qué sacan ustedes, pollos y pollas en pleno período de eferescencia sanguínea, de ese baile estulto, donde no hay ni tanto así de pretexto para el natural esparcimiento? ¿No se han dado ustedes cuenta de la satisfacción que se experimenta al ejercitarse, por ejemplo, en el movimiento cadencioso de una habanera, sobre todo si la interesada sabe ceñirse como ordenan los cánones? Como que algunas se sienten transportadas al pie de un frondoso bananero, y, en su éxtasis completamente tropical, sueñan con una de bananas que no tiene fin.

Y lo mismo que con el acreditado tango me ocurre con las reputadas danzas, que han venido á infestar los escenarios de los music halls, casi desterrando á los típicos bailes nacionales.

No concibo cómo hay señores serios que encuentran deleite presenciando esas extravagancias grotescas y hasta calificándolas de supremas manifestaciones del Arte.

Una señora, flácida como un manojito de cordilla, se pintarraja el cuerpo, al igual que las indias bravas que nos pintan en

AL AIRE LIBRE



—¿Y si yo le dijese que tengo cinco millones de pesetas y muchas ganas de que se venga conmigo una mujer á la Vicaría?

—Pues iría volando.

las novelas por entre-
gas; se tiñe de purpu-
rina las uñas de los
pies; se pone un visillo
alrededor de la parte
baja de la región ab-
dominal, y así «vesti-
da» se planta en mitad
del escenario, mientras
en la orquesta los vio-
lines y el contrabajo
hacen verdaderas lo-
curas musicales. Eso
sí, hay que dejar la sala
en una semiobscuridad
yo no sé si con objeto
de facilitar el magreo,
público entre los es-
pectadores de ambos
sexos, ó para que la
gente no se asuste de
lo fea que sale la dan-
zarina, que las más de
las veces suele ser mas
vieja que una cacatúa
heredada.

La buena señora co-
mienza á dar saltos,
haciendo unas genu-
flexiones raras como si
le estuvieran pisando
los juanetes. Estira y
encoge el visillo, ora
subiéndoselo á la coro-
nilla, ya bajándoselo
hasta los talones; pone
los ojos en blanco tres
veces seguidas, se coloca el dedo índice
sobre el ombligo, lo traslada seguidamen-
te á cualquiera de las dos especie de que-
sos gallegos, que le cuelgan de la región
pectoral, hace una última contorsión y se
retira lentamente por el foro. Los violi-
nes colocan dos *pitchicattos* y el contraba-
jo rasca trágicamente el bordón. Se hace
la luz en la sala y el simbólico baile ha
terminado.

Pues bien; luego resulta que aquello se
titula nada menos que la «danza de la
gardenia agonizante».

Los pollos melenudos, que diluidos en
las butacas siguen con arrobamiento las
ondulaciones de aquella sabandija embe-
tunada, aplauden frenéticamente, gritan
enardecidos asegurando que la danzante
es hija de legítimo matrimonio de un dios
y de una diosa, y reclaman que vuelva á
colocar otro baile sagrado.

Entonces el visillo es sustituido por un

UN DIA A PERROS



—Señorita; habrá usted observado que voy detrás como un perro.

—Pues ya verá usted que el mío me gusta llevarlo por de-
lante.

brasero de copa, y aquella danza se deno-
mina «elogio de la mirra», y si el brasero
se cambia por un repollo francés, en este
caso se titula «el huerto de las ninfas...» y
así sucesivamente.

¡Y pensar que esto ha venido á sustituir
á aquellos Boleros, y aquellas Seguidillas
y aquellas Sevillanas rebosantes de gracia
y en las que las mujeres estaban como
para comérselas crudas!

¡Comparen ustedes, señores simbolistas,
el miedo que entra presenciando una dan-
za macabra modernista, con el gusto que
proporciona un tango tan movido!

Pongo por baile castizo, naturalmente.

Un pequeño REPORTER

Lea usted "Teatros y Salones,,

CHISMORREANDO



—Pero, chica, si Juanito es un mocoso.
—Eso crees; pero si le vieses parece un hombre de cuarenta años.

La modista enojada.

(MONÓLOGO)

¡Maldita sea la estampa de la tal doña Jacinta! Parroquiana más cargante no la he tenido en mi vida. Piensa que soy una máquina de coser; pero delira si me cree la silenciosa,

pues me ha de oír como siga quemándome la figura con tanta chinchorrería; que una cosa es ser modesta, y otra cosa es ser modista.

«Que le meta las costuras», «que le cambie las puntillas», «que la estreche por abajo», «que la ensanche por arriba»...

¿Cómo querrá ver flexible su cintura la estantigna, si en lugar de una palmera parece un castaño de Indias? Ella paga tarde y poco;

mas lo que es á meter prisa, no la ganan. ¿Pues no vino, y aquí mismo, cierto día me puso de vuelta y media y aun de dos vueltas la indina,

porque me encargó una capa el miércoles de Ceniza, y hasta la Virgen de Agosto no pude tenerla lista? Lo que ella exige, ni el mismo demonio lo exigiría.

¿Pues no me ha mandado un cuerpo de paño azul, hecho trizas, para que de él haga un traje de seda verde á su niña? ¡Qué remedio! Hice del cuerpo lo que pude, y en seguida se lo mandé en una caja por conducto de la chica.

Ea cambio, según concluyen de contarme, ayer decía la muy mentirosa, hablando de trajes con una amiga:

«A mi en París me los hacen; que en Madrid, si á las modistas se les encarga un vestido, mandan una porquería.»

¡En fin, Dios me dé paciencia, y ojalá doña Jacinta reviente esta misma tarde, para quedar yo tranquila!

Juan PÉREZ ZÚNIGA.

MAL AVENIDOS



—¿Y á eso, á hacerse el enfadado todas las noches, le llama usted adoptar una postura? Pues si que es una postura cómoda.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la **Imprenta de "Ediciones España,"** Paseo de las Delicias, 60.

LECCIÓN DE ESGRIMA

La escena en una salita modesta. Un retrato de mérito y algún otro objeto de arte y de valor, dan testimonio de grandezas pasadas.

Matilde, diez y ocho años; vestida con modestia, pero con distinción. Roberto, veinticinco años; rico, elegantemente vestido. |

Ella (*entrando seguida de él*).—Pasa...

El.—¿Pero estás sola? ¿Ha salido tu madre?

Ella.—No sé á qué me lo preguntas, ni á qué viene ese fingimiento, querido Roberto. Te he visto en acecho en el portal de enfrente, esperando á que saliera mamá para subir.

El.—¡Pues sí; Matilde; perdóname! Tengo necesidad de hablar contigo á solas: esto no puede continuar así más tiempo, estoy desesperado, y he querido aprovecharme de esta ocasión. ¿Es que no lo apruebas?

Ella (*sonriendo*).—Siéntate. Has subido tan deprisa las escaleras, y son tantas para llegar aquí, que debes estar muy cansado.

El.—¡Mucho! ¡Con razón dicen que es muy penoso el camino de todas las glorias!.. (*Sentándose al lado de ella*).

—Perono perdamos el tiempo y hablemos de lo que nos importa, querida mía. No quiero que tu madre me sorprenda aquí, y es preciso que antes decidamos algo que concluya con este insufrible estado de cosas... Tu madre, bien lo sabes, se opone á nuestros amores; te aconseja, te ruega, te reconviene; desconfía de mí. Con la mía tengo que sostener una lucha de súplicas,

lágrimas y reconvenciones; desconfía de ti. La tuya dice que soy rico y que pretendo engañarte; la mía que eres pobre y que pretendes atraparme como á un cándido...

Ella (*suspirando, con abnegación sonriente de mártir calumniada*).—¿Y qué remedio, Roberto?

El.—¡No, Matilde; no lo digas así, por Dios!... No te resignes, porque soy capaz hasta de creer lo que dice mi madre...

Ella (*pasmada*).—¡Tú!...

El.—Cuando se quiere de veras, nadie se resigna, Matilde. Es preciso que veamos un medio que lo resuelva todo pronto... ¡pronto! Te digo que no puedo vivir sin ti.

Ella (*con inocencia*).—¿Pero es que tú ves un medio para eso?

MATRIMONIO ARAGONÉS



—Mira, Conchita, ha de hacerse lo que yo quiera, porque si tú tienes la cabeza dura, más dura la tengo yo.

UN PUNTO DE VISTA



- Yo creo que esos cristalitas no sirven para nada.
 —Entonces, ¿por qué nos los ponemos?
 —¡Phsé!... Por ponerse algo en el ojo.

El.—¡Oh, sí; hay uno... uno sólo!
 Ella (con ingenua alegría).—¿Sí?

El.—Sí, Matilde. (Acercándose a ella con pasión).—¡Sé mía!... ¡Ven conmigo ahora mismo, y creeré en ti como en Dios y te adoraré como a El! Te juro por mi alma, toda tuya, que serás muy pronto mi mujer...

Ella.—¡Bien, Roberto! (Rechazándolo suavemente).—Ahora veo cuánta razón tenía mi mamá... Haz el favor de dejarme. (Indicándole tristemente que se marche).

El.—¡Matilde! ¿Pero es que tienes valor para dudar de mí?

Ella.—Lo tienes tú para hacerme dudar... Te lo ruego. (Insistiendo en que se vaya, con mayor tristeza).

El.—¡Oh! ¿Pero tan grande ha sido mi pecado? ¿Tanto te he ofendido?

Ella.—No... ofenderme, no, apenarme nada más. Porque eso me prueba, Roberto, que si algo me quieres, es poco y mal...

El.—¡No, Matilde; tú no puedes creer

eso! ¡Si te quiero y te respeto como a mi madre! ¡Si todo lo bueno que hay en mí es obra tuya!... ¡Si he creído en el deber del hombre y en la virtud de la mujer por tí! ¿Es eso querer pcco y mal?

Ella.—Entonces, ¿por qué me pides que falte a todo eso?

El.—¡Porque, cuando se quiere como yo, no se satisface uno sino con un amor irreflexivo, tirano, ciego, con ceguedad infantil... que se brinde generoso... que se en tregue sin poder pensar en nada!

Ella.—¡Ni en el deber siquiera!... ¿Ves lo que te digo, Roberto? El cariño que tú quieres y sientes no es el que hace feliz a un hombre, cuando quiere a una mujer para esposa. Aun siendo infantil, como tú dices, es el del niño que se encapricha por un juguete, para fastidiarse de él en se guía y arrojarlo, roto y sucio, en un rincón...

El.—¡No, por Dios, Matilde!... No hables así. Yo quiero que mi amor de devo

to á una imagen sea eterno. Pero es que yo quiero con locura, con el alma... y con el cuerpo: ¡no me explico los amores de imaginación!... ¡Y es tan dulce y tan hermoso algunas veces que duerma el alma un momento... para despertar luego más fuerte y más pura que nunca!... y abandonarse así, olvidándolo todo, á la pasión que enloquece

Ella (*emocionadita*).—¿Y crees tú, Roberto, que yo no haría eso por mi gusto... aunque no fuera más que por convencerte de lo que te quiero?

El.—¡Oh! ¿Y por qué no lo haces, bien mío?... ¡Eso sería ser generosísima! Sería, créelo... sería hasta una obra de caridad!

Ella (*suspirando*).—No, Roberto; no. Ser generosa con un hombre que se quiere como yo á ti, es un egoísmo que debe ahogarse toda mujer, si quiere ser honrada.

El.—¡Bah! En el deber no se piensa siquiera cuando se quiere bien... porque el primer piadoso deber de toda mujeres querer mucho... ¡Prefiero la pureza del arrepentimiento!

Ella (*asustadita del todo*).—¡Jesús! ¡Jesús, qué cosas dices, Roberto! Pero, si aparte el deber, es que no puedo... no puedo... precisamente porque te quiero demasiado...

El.—¡Eso sí que no lo entiendo, ni es fácil entenderlo!

Ella.—Pueste has ces muy poco favor... Y vamos; que me vas á obligar á

decir... lo que no quisiera pensar si quisiera.

El.—¡No; di! Yo, ante todo, prefiero la sinceridad.

Ella.—Y yo.

El.—Pues di.

Ella.—Cuando se quiere á una mujer por esposa, supongo yo que, lo menos que puede pedirle un hombre delicado, es que sea honrada, aun á prueba de amor.

El.—¡No; no! Es que por ser buena con-

PORTERO COMPASIVO



—¿No utiliza el ascensor la señorita?

—No; muchas gracias.

—Es que cada vez que la veo subir me da una fatiga...



Lo que serán los grandes cafés después de la introducción del The



del Tango, del tiro al blanco y de otras muchas introducciones.

LAS MÁS REMISAS



—¡Pero que siempre he de tener que estar metiéndote prisa para salir de casa!...

—Pues cuanto más me metas, peor.

migo, no había de creerte yo menos honrada.

Ella. — Pero me creería yo... y no sería, en efecto, honrada.

El. — ¿Por qué?

Ella. — Porque... ¡Qué cosas estás diciendo, Roberto!

El. — Cosas que no pueden contestarse más que diciendo: ¡no amo!

Ella. — Pues bien: *si* ser buena ó débil por amor, no es pecado...

El. — Claro que no; ¡con esos pecados se gana el cielo!

Ella. — No será el de Dios seguramente.

El. — ¡Y qué importa, si es el de la dicha!... ¿Se concibe otro cielo?

Ella. — Bueno; pues si algún día dejara yo de quererte...

El. — ¡Eh!

Ella. — Y quisiera á otro...

El. — ¡Matilde!

Ella. — ¿Por qué no había de ser buena también con él? ¡Ganaría el cielo!

El. — ¡Pero qué estás diciendo!

Ella. — No sería el de Dios seguramente; pero qué importa: ¡sería el de la dicha!...

El (*furioso*) — ¡Eso no debe decirse, aunque sea verdad! ¿Lo oyes?... ¡Cuando una mujer habla así, no tiene derecho á esperar que no la ahoguen!

Ella (*heroica*). — Si tú supieras quererme, eso deberías hacer ahora mismo ¡por haberlo pensado siquiera!

El. — ¡Matilde! ¡Mira que conmigo son peligrosos los juegos!

Ella. — ¡No, Roberto; no, por Dios!

¿No ves el sacrificio que hago al hablar así?

El. — ¡Hum!... ¡Nunca te perdonaré tu sacrificio!

Ella. — Pues yo seré más generosa y te perdonaré que me hayas obligado á decir cosas que no he querido pensar... que no ne pensado, aunque las he dicho, Roberto. Pero han sido precisas para que te convenzas de tu injusto prececer; para que comprendas que el hombre que se estima á sí mismo y quiere bien á una mujer, la primera cualidad que debe buscar, exigir en

ella, es que sea honrada, aun con él mismo. Porque si una vez es débil, ¿qué razón habrá para que otra vez no lo sea?

El.—¡La razón de amar! Yo quiero que después sea honrada por amor á mí, no por deber ni por virtud.

Ella.—¡Jesús, Roberto!... ¡Pero si eso no es posible!

El.—¿No?

Ella.—No. El amor verdadero es deber y debe ser virtud, y la mujer que falta á sus deberes, no ama.

El.—¡Disculpas necias! Si sacrifica lo que más estima, ¿qué más prueba puede dar de amar?

Ella.—Pues... ¡terror grosero! La mujer que falta, no sacrifica nunca nada; hace siempre su gusto, por interés ó por pasión, pero siempre su gusto.

El.—Vamos...

Ella.—Sí, Roberto. no te enfades, por Dios. Es que tú confundes el verdadero cariño con la pasión... es que en t' puede más la pasión que el amor.

El.—No veo la diferencia...

Ella.—Yo, sí... ¡porque lo siento! La pasión es la efervescencia súbita, el arrebató, la ceguera, la locura; es débil, varía; cae muchas veces, y muere pronto. El amor, no: forjado lentamente, templado en frío, es como el alma: eterno; y es fuerte, porque, al caer, dejaría de ser amor para convertirse en pasión, y el verdadero amor no se degrada.

El.—Pero ¿de dónde sacas tú todo eso?... Razonas demasiado para sentir.

Ella.—Otro error; razono porque veo claro. ¡No es posible que tú, tan generoso y tan bueno conmigo, sientas por mí sólo una pasión indigna de los dos!...

El.—Sí, Matilde mía, sí; pero, para vencerme, no has debido nunca decir...

Ella (*turbada, ruborosa, balbuciente*).—Lo dije por salvarme. No tenéis piedad de las pobres mujeres... No comprendes que me sentía débil... y...

El.—¡Mi Matilde! ¡Aunque me llames loco, eso me convence más que todos tus razonamientos!...

(*Suena un beso.*)

Ella (*desmayando en los brazos de él y sonriendo para su colete*).—(Después de esto, no hay hombre que se niegue á casarse luego...)

(*El beso es contestado.*)

Telón rápido.

Hámlet-GÓMEZ.

En los campos de batalla. La guerra de las Naciones.

por PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Vandel, el notabilísimo fotógrafo, va á hacer un ensayo de libro barato. Se trata del libro de la guerra trazado por la pluma popular de Prudencio Iglesias Hermida. Este libro aparecerá el día 15 de Diciembre y su precio será de una peseta. Se dice que la tirada ascenderá á ¡150.000 ejemplares! Pronto veremos en coche de doce docenas de caballos á Vandel y á Iglesias Hermida.

EMPRESARIO INDIFERENTE



—El público dice que me quite estas cosas y la policía que no... ¿Qué hago?

—Ah, hijita, en esas cosas ni me va ni me viene. ¡Allá tú!

EL JUICIO DE SALOMÓN

Muy confuso ha llegado hasta nosotros el rumor de aquella gran barbaridad atribuida al sapientísimo Salomón, rey de Israel, que tenía trescientas mujeres legítimas y unas seiscientas y pico concubinas.

Ha supuesto la tradición —y los histo-

LA GENTE SERIA



—Oye, si ese señor nos preguntase qué teatro nos gusta más, si el Real ó el Edén Concert ¿qué dirías?

—Yo, que el Edén.

riadores que en ella se inspiraron así lo han creído cándidamente— que el docto hijo de David mandó partir en dos mitades un niño que se disputaban dos mujeres, alegando cada una argumentos poderosos para probar que era la verdadera madre. Dada la orden por el monarca justiciero, dicen las crónicas que la falsa madre se conformó con la sentencia, mientras la

verdadera, cayendo de rodillas á los pies del rey, dijo: —«¡Señor, que no lo partan! Dádselo á la otra; que viva al menos el hijo de mis entrañas»; exclamación que hizo conocer á Salomón, con su inmensa sabiduría, que aquélla era la verdadera madre de la criatura.

Pues bien: la versión de este suceso no es del todo exacta. Algo hay, efectivamente, de la división de una persona en dos mitades, pero no fué un niño, sino una mujer, y no una mujer joven y hermosa, sino una vieja setentona, arrugada y fea.

Para restablecer lo cierto están escritas estas líneas, y que perdonen las Escrituras si me atrevó á rectificar sus hechos.

Importa mucho en estos tiempos de análisis y positivismo, volver por los fueros de la justicia y de la verdad.

He aquí el suceso auténtico, sacado de unas hojas de papiro, escritas en hebreo antiguo, que me he tomado la molestia de traducir, sin variar siquiera una tilde.

El rey Salomón, aunque en su ilimitada sapiencia tenía mucho de Pero Grullo, era un buen monarca en toda la extensión de la palabra. Gobernaba á su pueblo con acierto tan extraordinario, que se acreditó de justo y de recto sin necesidad de bombos y elogios de los periódicos, que no se conocían en aquellos tiempos.

Todas las mañanas, después de tomar su café con leche y media tostada de abajo, encaminaba sus pasos al

templo, donde le salía al encuentro el levita de guardia, saludándole cortesmente.

—¿Hay alguien que reclame mi justicia? —preguntaba el monarca.

Contestaba el levita «sí ó no», y en caso afirmativo, Salomón penetraba en el templo, y sentábase en el magnífico trono, regalo de la reina de Saba: fallaba pleitos, aplacaba odios y reconciliaba amistades,

MUJER DE SU CASA



- ¿Pero qué haces ahí?
 —Clavando un clavo ¿no lo ves?
 —Sí; ya lo veo.

maravillando á propios y extraños la recititud de sus sentencias.

Cierto día —que no está bien inteligible la fecha en las hojas de papiro— Salomón acudió al templo y el levita, después de haber presentado armas, dijo con tono respetuoso:

—Poderoso monarca: ahí esperan dos hombres que tienen pleito por una vieja arpa.

—¡Vaya un caso raro! —exclamó el rey—. En fin, que pasen y verá lo que quieren y cuál tiene razón.

Abierta la audiencia comparecieron ante el egregio soberano de Israel dos hombres no mal parecidos, y una vieja de esas que en todos los tiempos y en todos los pueblos inspiran repulsión y antipatía.

El primero de los hombres era viajante de comercio y habiase casado quince años antes en una comarca vecina. Muerta su esposa, tornó al país, y al cabo de tanto tiempo se presentó su suegra en demanda

de asilo, que según las leyes de Israel, no podía negarle su yerno.

Engañada por una semejanza de nombre y de rostro, la suegra fué á parar á casa de otro individuo, el cual no quiso hacerse cargo de ella y la envió al domicilio del verdadero yerno, que se negó á recibirla, manifestando que jamás había sido esposo de ninguna hija de aquella furia.

La mujer armó un cisco de todos los diablos, y los dos hombres se llenaron de insultos y se propinaron mutuamente no pocos mojicones y algún que otro puntapié.

Para solucionar la contienda apelaron al claro juicio del sabio Salomón.

Este, después de escuchar lo que uno y otro litigante aducía en favor de su causa, quedó pensativo, con la cabeza apoyada en la mano derecha durante algunos momentos, y por último dijo:

—Difícil es resolver este pleito. Los dos

POLÍTICA FEMINISTA



El.—Y usted ¿qué opina de Marruecos?
Ella.—Yo soy partidaria de la penetración pacífica.

tenéis razón á juzgar por vuestras palabras y por los documentos legalizados que presentáis. Sin embargo, esta mujer no dice mentira. Habla con el acento de la sinceridad. Estoy convencido de que no está equivocada al afirmar que su hija casó hace quince años con uno de vos-

¡LO QUE TIENE UNO QUE VER!



—Conque con esa tintura no se conocen las canas, ¿eh? Pues yo te las estoy viendo bien gordas y bien blancas.

otros. Pero ¿con cuál? Esto es lo que voy á saber ahora mismo.

Y añadió: —¡Que venga un guardia de palacio!

Cuando el guardia se hubo presentado, el monarca justiciero ordenó:

—Parte en dos esa mujer, y que cada uno de estos hombres se lleve la mitad.

¡Oh! ¡Eso es horrible! —exclamó uno de los hombres—. Semejante crimen pesaría eternamente sobre mi conciencia.

—La voluntad de nuestro excelso Rey debe cumplirse —dijo el otro—. Que partan la mujer, y si es posible en ocho pedazos, y llevémonos cuatro cada uno.

—¡Basta! —exclamó Salomón—. ¡Tú eres el verdadero yerno, y te quedarás con la suegra entera!...

Y dió por terminada la audiencia.

J. PÉREZ CARBASCO

EL PAÑUEL

(Cuento viejo).

Había en un pueblecillo] cuyo nombre no recuerdo un alcalde como pocos se encuentran en estos tiempos.

Hombre listo, inteligente, honrado, noble y enérgico, siempre se hizo respetar por sus actos justicieros.

Criticado por los malos y elogiado por los buenos, dando castigo al delito

y á las buenas obras premio, en paz y en gracia de Dios fué nuestro alcalde viendoc.

Si se veía en peligro

algún vecino, corriendo

marchaba junto al alcalde seguro de hallar remedio,

pues para todos tenía justicia y buenos consejos.

Cierta día, presentóse en la Casa-Ayuntamiento

una pobre campesina

avecindada en el pueblo,

en demanda de divorcio,

pues su marido, un labriego

honrado, pero muy bruto,

la daba tal tratamiento

que la pobre se quejaba

de que en su molido cuerpo

había más cardenales

que en el Concilio de Trento.

El alcalde, como siempre,

oyó sus quejas y ruegos

con atención, y juzgando

que era preciso un careo

para ver cómo el esposo

se defendía de *aquello*, ordenó á un alguacillito que á buscarle fuese presto para que á presencia suya le condujera al momento.

Así que tuvo delante á aquel marido *modelo*, comenzó á hacerle preguntas sobre su comportamiento.

—¿Es verdad —le interrogó— que maltratas sin consuelo á la infeliz de tu esposa?

—No, señor; yo no la pego.

—¡Diga usted que sí! —exclamó la mujer interrumpiendo.

—¡Diga usted que eso es mentira!

—¡Diga usted que no, que es cierto!

Aquí, como es consiguiente, se armó el natural jaleo comenzando los esposos á largarse mil denuestos.

Cuando consiguió el alcalde, tras de no pocos esfuerzos, que el *amante* matrimonio volviera á guardar silencio, prosiguió de esta manera:

—Vamos, sé franco y sincero.

No mientas. Mira que Dios tus palabras está oyendo y, si mientes, tu pecado purgarás en el infierno.

—Mire usted —dijo el esposo arrepentido—. Hay momentos en que el demonio me tienta

y como tengo este genio pues... —¿La pegas? —Sí, señor.

—¿Lo ve usted? —Sí, ya lo veo.

Pero, ¿la pegas con palo?

—No, señor; con el pañuelo que uso para las narices.

El alcalde al oír aquello lleno de asombro pregunta á la mujer: —¿Cómo! ¿Es eso

verdad? —Sí, señor. —Entonces, ¿por qué te quejas? No entiendo.

¡Si el pañuelo no hace daño!

—¡El que él tiene, ya lo creó!

—¿Es posible? —Sí, señor.

Pues, desde que era pequeño, tiene la mala costumbre de sonarse con los dedos.

Adolfo SÁNCHEZ CARRERE

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

LA INGLESA

Primera casa en gomas higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

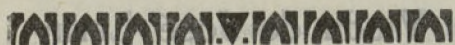
Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)



Almanaque "Amor," para 1915.

Es el almanaque de mayor circulación de España y América. Cinco años de éxito merecido y creciente. Es una escogida y regocijada colección de artículos, poesías, cuentos, etc., etc., ilustrados con profusión de dibujos y desnudos artísticos, en color y en negro.

Una peseta en toda España.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de periódicos de España y América. Remitiendo pesetas 1,25 en sellos de franqueo de España, ó por Giro postal, se enviará a quien lo desee dirigiéndose a la casa editorial de

D. Bausá. Aribau, 175, B.celona.



HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida a la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

¡Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquillen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. — **3 pesetas.** Buenas librerías de España. — En Madrid, Fé, San Martín. Puerta del Sol.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA **LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO**
MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por **CINCO pesetas** en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **CINCO francos** ó **UN dollar.** — Los pedidos, con su importe, diríjense **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).** — **BIBLIOTECA PRIVADA.** — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — **EXPORTACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PERIODICOS** a los señores libreros y Corresponsales de España y América.